

que apetecían, obraban á su albedrío; pero los jefes de sentimientos patrióticos que, como los Galianas, los Bravos, Morelos, Matamoros, D. Ramon Rayon y otros, veían con sentimiento los desmanes de los que á la sombra de la revolucion no hacían mas que daños á la causa de la independencia, no tenían poder para reprimir sus desórdenes. El epíteto de «devorantes», que el cura Morelos aplicaba á esos mandarines de partidas sin sujeción á nadie, no podía ser mas propio. Reduciendo todo su plan, como Albino García, á solo el saqueo, sin mira ninguna política y sin distinción del país á que pertenecían los dueños de las fincas que invadían, obligaron á defenderse á todos los que tenían que perder, creando así obstáculos al triunfo de la causa que pretextaban defender. Ya hemos visto el retrato que de algunos de esos jefes que obraban sin sujeción á nadie, hace Don Carlos María Bustamante, hombre amante del orden, y que siendo celoso partidario de la revolucion, anhelaba, como todo buen patriota, que no estuviese manchada con acto ninguno de arbitrariedad. El mismo escritor, hablando de varios de esos guerrilleros que se habían levantado en diversos puntos, dice: «que eran un enjambre de hombres, no todos de buena moralidad, que causaban infinitos males á la patria, y que no compensaban con uno ú otro servicio que le hacían» (1).

Entre los muchos hijos de aquel país que profesando interiormente ideas de independencia, combatían del lado del gobierno vireinal temiendo ver arruinadas sus

(1) *Suplemento á los Tres Siglos de Méjico*, pág. 330, edicion de 1852 hecha en Méjico en la imprenta de J. B. Navarro.

propiedades por los calificados «devorantes» por Morelos, se contaba el abogado D. José María Esquivel y Salvago, comandante de Irapuato, que despues de verificada la independencia de Méjico fué muchas veces diputado en el Congreso del Estado de Guanajuato, vice-gobernador del mismo, y que por último murió ejerciendo el empleo de ministro del Tribunal Superior del referido Estado. D. Lucas Alaman, al hablar de ese abogado, dice «que le aseguró que su opinion habia estado siempre por la independencia; que sus esfuerzos no fueron dirigidos á defender los derechos de Fernando VII, los que le eran enteramente indiferentes, sino solo á conservar su propiedad» contra los que no respetaban lo ajeno, «y que habria estado dispuesto á hacer lo mismo, si el caso se repitiese». Para esto, agrega D. Lucas Alaman, «creyó autorizado el uso de los medios mas severos: leyendo sus partes á Calleja, insertos en las *Gacetas* del Gobierno de Méjico del mes de Julio de 1812, se ve que mandaba fusilar ó ahorcar sin distinción á todos los insurgentes que cogía con las armas en la mano, y únicamente formaba sumarias á los que no eran aprehendidos con ellas; que solo se detuvo para no hacer ahorcar á un mozo de la hacienda de las Arandas, que le trajo una intimación de Albino para que se rindiese, porque supo que éste lo habia obligado por fuerza á cumplir aquel encargo, y que castigaba con severidad aun á los arrieros que se encontraban comprando granos en las haciendas ocupadas por los insurgentes. El mismo Esquivel, para obligar á declarar á los delincuentes, usaba del terrible apremio de hacerlos encerrar en un cuarto de su

casa en que acostumbraba guardar cal viva, y la órden que daba de «al cuarto de la cal», era poco menos que una órden de muerte. Esquivel era americano; lo era el cura de Irapuato D. Victoriano de las Fuentes, que despues fué capitán de realistas del mismo pueblo y diputado en las Córtes de España (1), cuyo celo alaba en sus partes, y lo eran tambien, con alguna muy rara excepcion, todos los que defendieron á Irapuato. Esto mismo se verificaba en Leon, Silao, Celaya y todas las demás poblaciones del bajío y de otras provincias que se habian puesto en estado de defensa, y desgraciada de la que, como San Miguel y Salvatierra, no lo habia hecho, pues invadidas frecuentemente por uno y otro partido, castigando cada uno de éstos á su vez á los vecinos que tenia por contrarios, acababan por quedar assoladas y destruidas, de cuyos males Salvatierra apenas ha podido recobrarle todavía, al cabo de tantos años.

1812. »García Conde sacó de Guanajuato las
 Mayo. platas que habia de llevar á Méjico, como si su objeto fuese marchar con ellas en derechura á aquella capital, y las condujo hasta Irapuato. Dejándolas allí y reunido á la seccion que mandaba Villalva, que habia permanecido en aquel punto, se puso en marcha, sin que nadie supiese su intento, el 15 de Mayo á las dos de la mañana (2), para estar á las diez sobre el Valle de San-

(1) «Me es muy grato, dice D. Lucas Alaman, recordar la memoria de este virtuoso eclesiástico, á quien mi madre me confió para que me llevase á España en 1814, lo que fué el principio de mis viajes. Murió, siendo canónigo de Méjico, en 1819.

(2) Parte citado de García Conde, inserto en la *Gaceta* de 14 de Julio, número 259, fol. 733.

tiago en los puntos señalados en el plan combinado con Negrete; pero el sagaz Albino, aunque era hombre sin letras ni instruccion alguna, pero que poseia aquel tacto militar que solo da la naturaleza, habia comprendido perfectamente el objeto de aquellos movimientos, y habia sabido desconcertarlos con un tino que honraria á un consumado general. En vez de esperar en el Valle el ataque simultáneo de García Conde y de Negrete, los previno adelantándose á encontrar á este último á distancia de doce leguas, atacándolo en la hacienda de Parangueo, á dos leguas del Valle, y cargando sobre él con todas sus fuerzas, lo puso en mucho aprieto. García Conde, habiendo llegado á las inmediaciones del Valle á la hora convenida, no solo no encontró á Negrete en las posiciones que debia ocupar, sino que oyendo el vivo cañoneo que se sostenia en Parangueo, infirió que habia sido atacado en aquel punto y corrió á su socorro. A la llegada de García Conde, Albino se retiró, y perseguido por la caballería, perdió alguna gente, quedando entre los muertos Clemente Vidal, que era uno de sus subalternos de mayor confianza.

1812. »Puestos en comunicacion García Conde
 Mayo. y Negrete, resolvieron marchar al Valle, en tres cuerpos, mandados dos por cada uno de estos jefes, y el tercero por Iturbide, tomando tres direcciones para no dejar salida ninguna á Albino, en caso que hubiese vuelto á aquel pueblo; pero no solo no lo encontraron, sino que habiéndose fugado del lugar todos los hombres, no quedaron mas que los eclesiásticos, mujeres y muchachos. García Conde trataba de combinar nuevos

movimientos con Negrete, pero éste le manifestó que tenia que volver á ocupar sus posiciones, para cubrir las entradas de la Nueva Galicia é impedir que Albino aprovechase su ausencia para invadirla: acordaron no obstante, que tomando Negrete el camino de Pénjamo, García Conde se dirigiese por el de Yurira á estrechar entre ambos á Albino y tomarlo á dos fuegos; pero éste, con sus beduinos, eludió todos estos intentos, y en los diez y siete dias que García Conde é Iturbide lo persiguieron con el mayor empeño hasta el fin del mes, aunque se hallaba enfermo de gota y obligado por esto á caminar en coche ó en camilla, estando á punto de ser alcanzado, montaba con ligereza á caballo, tomaba caminos excusados, ocultaba sus cañones, de los que solo se le tomaron y quemaron las cureñas, y fatigaba á la tropa que lo seguia y la retardaba en su marcha, cortando los puentes de madera que daban paso sobre las zanjas y acequias de riego del camino (1). García Conde, cansado de perseguir á un enemigo que siempre se le desaparecia, como los fantasmas de los ensueños, cuando creia que iba á alcanzarlo, tuvo que desistir de un intento que juzgó ser impracticable, y volvió al Valle de Santiago, cuya poblacion, asilo constante del enemigo, quiso quemar; pero viendo que no habia en ella mas que mujeres, sin un solo hombre que las protegiera, y eclesiásticos que se lamentaban de los insultos que tenian que sufrir y desacatos

(1) Véanse sobre todos estos movimientos los partes de García Conde y de Iturbide, insertos en la *Gaceta* de 18 de Julio, núm. 261, f. 749 á 755.

que se cometian en los templos, hizo recoger, tanto en el Valle como en Yurira, los vasos y paramentos sagrados, y con todos los eclesiásticos de ambos pueblos los llevó á Irapuato, á donde volvió para tomar las platas que habia dejado allí y seguir con ellas su marcha á Méjico, como se le habia mandado por el virey, con mucho sentimiento de todos aquellos pueblos, que conocian el peligro en que quedaban retirándose aquellas fuerzas, pues sabian bien que aunque pareciesen disueltas las de Albino, por efecto de la persecucion que se le habia hecho, las volveria muy pronto á reunir, teniendo ocultas todas sus armas (1).

1812. »Me he detenido describiendo estas operaciones mas de lo que acostumbro hablando de movimientos militares, porque ningunos se hicieron en toda esta guerra que tuvieran un aspecto tan estratégico como esta campaña de García Conde, y porque ellos dan una idea exacta del género de guerra que se hacia en el bajío; de los enemigos que el Gobierno tenia que combatir; del hombre que era Albino García, el guerrillero mas activo y temible que produjo la insurreccion, y de la clase de tropas que el Gobierno habia formado en el curso de la campaña. Grandes masas de gente del campo á caballo, de la clase de mestizos y mulatos, armados los unos con lanzas y los otros con fusiles y espadas, prontos para atacar y mas prontos para huir,

(1) Véase la representacion que sobre esto hizo Esquivel á Calleja, en la *Gaceta* de 25 de Julio, núm. 254, f. 773.

era lo que constituía la fuerza principal de Albino; auxiliaban á ésta á veces, cuando se trataba de atacar un pueblo ó una hacienda, multitud de indios honderos, reunidos en los ranchos y campos vecinos, con algunas piezas de artillería mal hechas y peor servidas (1). Con este género de tropas, el ataque de los pueblos se reducía á cercarlos con la caballería, la que era perfectamente inútil para asaltar puntos fortificados; desde lejos gritar los mayores insultos, que, como entre los héroes de Homero, eran el preludio del combate, y comenzar un fuego vivo de cañon y fusil casi sin objeto, pues los realistas y alguna tropa que habia en el pueblo, cubiertos con sus atrincheramientos y haciendo fuego desde ellos ó desde las torres de las iglesias, no se exponían á ser ofendidos. El cansancio de un largo é inútil ataque, la pérdida de algunos muertos y heridos, ó la llegada del auxilio de algun lugar inmediato, cuyos realistas se habian puesto en marcha para socorrer al que habia sido atacado, hacia retirar á los asaltantes, los cuales, saqueando los suburbios y las haciendas que hallaban á su paso y dispersándose en diversas direcciones, iban á reunirse á donde les convenia para sus ulteriores designios, mientras en el pueblo, que se veía con esto libre del riesgo de ser robado y destruido, se atribuía á milagro su salvacion y el no haber sufrido pérdida alguna los vecinos armados para la defensa, sino alguno que se lastimó cayendo del

(1) Puede verse verificado todo cuanto aquí se dice de los ataques de los pueblos, en los partes citados de Esquivel, relativos á los dos que dió á Irapuato Albino García, en 11 y 12 de Enero, y en 1.º de Mayo de 1812.

caballo por casualidad despues de muchas horas de combate, durante el cual los insurgentes habian tirado seis ó setecientos cañonazos, cantándose el *Te-Deum* y haciendo funcion á la imágen especialmente venerada en el lugar que habia sido declarada y jurada generala de las tropas. Si se habian hecho algunos prisioneros, eran fusilados, y los insurgentes por su parte hacian lo mismo con los soldados dispersos ó con alguna pequeña partida que caía en sus manos, como lo hicieron con algunos dragones de Puebla que sorprendieron en las inmediaciones de Irapuato, y á quienes dieron muerte en Rancho Nuevo (1). En el campo los insurgentes presentaban su artillería sobre alguna altura, su infantería tras de ella, y las grandes masas de caballería en las alas; ésta se echaba sobre los realistas luego que los percibia, y fácilmente rechazada con algunos tiros á metralla, huía poniendo en desórden la mala y desarmada infantería que custodiaba la artillería, la que era tomada sin haber hecho mas que la primera descarga, y por esto Albino se quejaba de que encontraba mas dispuestos á los suyos para el pillaje que para el combate. Pero este género de guerra era sumamente fatigoso para la tropa del Gobierno que se hallaba empeñada en ella. «Cualquiera cosa que en su elogio se diga», dice García Conde al virey, «ha de ser nada para lo que merece (2): los exce-

(1) Parte de Esquivel á Calleja, de 4 de Junio, *Gaceta* de 25 de Julio, número 264, fol. 773.

(2) Parte de 31 de Mayo, fecho en Irapuato, *Gaceta* de 18 de Julio, n.º 261, fol. 751.

sivos calores, las incesantes marchas de día y de noche, los anhelos por llegar á las manos con el enemigo, y la conformidad en los trabajos, ya faltos de alimentos por el ningun recurso que se encuentra, ya faltos de los auxilios menores de que carecen enteramente, son unas pruebas muy repetidas de su lealtad, y que piden la mayor recompensa tanto en el soldado como en el oficial.»

1812. A estos justos elogios que D. Diego García Conde hacia del ejército mejicano que combatia por la causa del gobierno vireinal, hay que agregar otro no menos honroso respecto del valor de que los soldados habian dado pruebas en todas las acciones, guiados por oficiales de pundonor y bizarría. El general español D. Celestino Negrete, solia decir con frecuencia, y D. Lucas Alaman asegura haberle oido muchas veces, que «al frente de sus tolucos», así llamaba á los soldados de su regimiento de Toluca, «no habria temido atacar á las mejores tropas del mundo».

La opinion del general D. Celestino Negrete, que era un militar de verdadero mérito, y el cariño que profesaba á sus soldados, son el mejor elogio que se puede hacer de las buenas cualidades de los mejicanos para las armas. No han desmentido jamás ese valor, esa constancia y esa subordinacion que constituyen el indisputable mérito del buen soldado. En esa lucha, la primera que presenciaba el país, ambos partidos combatian con igual denuedo: las fuerzas de uno y otro ejército eran mejicanas; y si la victoria coronaba generalmente á las tropas realistas, no era porque los soldados independientes tuvieran menos valor, sino porque los contrarios se hallaban dirigidos

por jefes mas entendidos. Cuando eran conducidos al combate por Morelos, Galiana, los Bravos y Matamoros, jefes verdaderamente valientes y pundonorosos, rivalizaban con las tropas del Gobierno, alcanzando, como hemos visto con frecuencia, la victoria.

Las hazañas de los realistas pertenecen, pues, á la misma nacion mejicana, como pertenecen las de Morelos, Matamoros, los Bravos y los Galianas.